

LA JUVENTUD UNIVERSITARIA: EL PROBLEMA DEL SIGNIFICADO PERSONAL Y DE LA IDENTIDAD

Raquel RODRÍGUEZ GONZALEZ

La mayor parte de los estudiantes que comienzan sus estudios universitarios son adolescentes, en el sentido de que continúan aún el proceso de maduración. Continúan creciendo en capacidad intelectual y en el desarrollo de su personalidad. Muchos de ellos todavía están afrontando el hecho de hallarse a sí mismos; buscando su identidad y esforzándose en conseguir la independencia y la autonomía. Una gran parte están todavía indecisos en su vocación, aunque han realizado una primera elección; no están seguros de la adecuación de la carrera elegida.

Nieto (1977) subraya que la situación en la Universidad prolonga la crisis de la adolescencia; el estudiante se siente sometido a la institución universitaria y, aunque existen movimientos que intentan efectuar cambios dentro de la misma, son los menos y, por consiguiente, no tienen repercusión. El estudiante, según Nieto, está muy interesado en cambiar la sociedad pero descuida mejorar la universidad donde estudia. Su aspiración es independizarse del marco familiar y también de la universidad.

En la actualidad, el número de estudiantes universitarios supone un porcentaje muy importante dentro de la población juvenil. La masificación de la Universidad es un hecho, existiendo una gran diversidad entre los estudiantes, no sólo en lo que respecta a las diferencias individuales, sino también debido a la variedad de las opciones elegidas representadas por el tipo de Facultad o Escuela en que están matriculados.

Esta diversidad hace difícil el hecho de poder generalizar acerca de lo que hemos denominado **juventud universitaria**. No obstante, y teniendo en cuenta estas limitaciones, tomaremos como criterio de unificación la edad, criterio universalmente utilizado para la descripción del status.

No existe ninguna sociedad en que, de algún modo, no haga una cierta distinción entre viejos y jóvenes. Ahora bien, el contenido específico de los status juveniles en cada sociedad será distinto e, incluso dentro de una misma sociedad global, no existe una total homogeneidad.

Vamos a perfilar algunos de los rasgos genéricos aplicables a toda la juventud, partiendo de la edad como factor biológico, estructurante de las relaciones sociales, pero teniendo en cuenta que, a su vez, está estructurada por cambios sociales que operan con cierta uniformidad en la totalidad de la estructura social.

El status del joven es definido en todas las sociedades como transitorio. Lo que cambia en una sociedad con respecto a otras, es la duración de ese período. Su posición social no está, por tanto, definida, es provisional, de preparación para la vida real. Mientras, deberá encontrar una forma socialmente aceptable de autorrealización personal; tendrá que decidirse por alguna opción para su ser personal y social.

A pesar de esa definición del status juvenil como provisional, transitorio, en realidad se ha convertido, o al menos corre el riesgo de convertirse, en relativamente permanente y duradero, quizás más allá de lo que sería funcional para el desarrollo psicológico de los jóvenes. Cada vez se exigen más años de preparación académica y cada vez tardan más tiempo en insertarse en la sociedad adulta a través del trabajo, alargándose su dependencia y subordinación.

Esta ambivalencia en la posición social de los jóvenes, se proyecta en sus expectativas y refuerza su necesidad de coherencia, de modelos y valores de los que extraer un significado que pueda dar sentido a la construcción de su propia identidad personal.

La definición de status del joven conlleva también un cierto idealismo en relación a los valores abstractos, valores que les ayudarán a mantener la demora de sus gratificaciones hasta que se hayan adaptado a la realidad de la vida y aprendido a discernir el pluralismo axiológico de la sociedad contemporánea y tolerar sus posibles contradicciones.

Característica de la psicología juvenil es la necesidad de orientarse, con realismo, en el mundo en que vive, de organizar con sentido y coherencia, los datos de la experiencia. Esto les interesa bastante más que poseer una certidumbre absoluta de tipo axiológico. Tienen una especial sensibilidad respecto a las incoherencias que encuentran a su alrededor, sobre todo cuando constatan que los valores que se les transmiten a un nivel verbal idealizado apenas guardan relación con los valores que se desprenden de comportamientos concretos.

En toda sociedad existe cierto grado de asimetría entre los comportamientos reales y la retórica que los legitima; pero el problema surge, no porque exista esta asimetría, sino porque su grado sea tal, que los comportamientos observables están en absoluta contradicción con los valores que se aducen para justificarlos.

Esta puede ser una razón por la que los jóvenes rechazan los valores que, en el pasado, dieron sentido al comportamiento de la generación mayor. No obstante, no puede ni debe esperarse que cada nueva generación reproduzca, sin más, las aspiraciones y valores de sus mayores. Cada generación tiene el derecho de establecer sus propios valores, metas y aspiraciones. A ellos

corresponde hacer su propio destino, individual y colectivamente. Torregrosa (1972).

Características básicas de lo humano es la subjetividad y cada persona es el agente más responsable de su propia vida. Existe la influencia de la presión social, pero la persona mediatiza todas esas influencias y determina, en gran parte, de qué manera le influirán. Aceptar que uno es sujeto de su propia vida es el paso previo necesario para llegar a un encuentro válido.

Otra de las características peculiares relativas a la edad es la tendencia a la uniformidad; son bastantes semejantes entre sí en sus valoraciones y creencias, con una tendencia hacia la norma del grupo a que pertenecen. También existe una tendencia hacia la uniformidad intelectual, como ha descrito Jacob a partir de una experiencia realizada con estudiantes universitarios por los años 60, aunque esto no quiere decir que adopten fórmulas análogas al tratar de cuestiones personales de su propia vida.

En nuestros días, los jóvenes se muestran más críticos y menos seguros de sí mismos; no tienen convicciones y juicios firmes; les falta coherencia y unidad. Sin embargo, frente a las flaquezas humanas, podemos decir que su actitud es más considerada y humana.

Los profesores tienden a suscitar la capacidad intelectual y las aficiones doctas, pero el móvil general del estudiante medio es conformarse con lo que hagan los demás y **salir adelante** más que quedarse absorto ante la sabiduría; las ventajas socioeconómicas siguen siendo la meta en la educación universitaria.

El estudiante **típico** según parece, concede un alto valor a la educación universitaria, pero no principalmente por razones intelectuales; atribuye más valor al prestigio de tener un título, a las oportunidades profesionales que se le abren o a las que piensa que se le pueden abrir.

La educación universitaria contiene diversos agentes de cambio que obligan al estudiante a realizar una confrontación entre sus concepciones previas y aquellas con las que se encuentra durante su permanencia en las aulas. Estas nuevas concepciones con las que tiene que enfrentarse provienen: a) del contenido propio de los estudios, b) de los profesores con los que establece contacto y c) de sus compañeros y amigos. Todo ello influye en su filosofía personal, en su concepción de la vida.

Los estudios realizados por Jacobs (1975) nos pueden servir de referencia sobre estos cambios, ya que los resultados obtenidos confirman que existen diferencias entre los que comienzan la carrera y los que la terminan. Los estudiantes de los últimos cursos eran más semejantes entre sí que los de primer curso; sin embargo, no encontró diferencias significativas entre los estudiantes de las distintas facultades.

Prieto y Cano (1982), en su trabajo sobre la axiología del sistema universitario a partir de variables propias de los alumnos con éxito académico, dedujeron, entre otras cosas, que la auto exigencia laboral está asociada con el éxito académico y en sus conclusiones definen al alumno con éxito académico como *«Un sujeto con alta autoestima que valora positivamente el trabajo que realiza,*

labor que tiende a afrontar con cierta meticulosidad, constancia y competitividad, así como con cierta independencia de las circunstancias concretas en que aquel está enmarcado». (Pág. 60-61).

Rappaport (1978) recoge el estudio de Madison quien sugiere que el estudiante, a lo largo de su carrera, pasa por diversas fases. Una fase inicial, que se caracteriza por las expectativas propias de los estudios pero sin un conocimiento de lo que les espera desde el punto de vista académico y social. En una segunda fase se produce el choque de sus ideas con la realidad que le suponen nuevos replanteamientos,...; es decir, la adecuación de sus expectativas a la realidad. Una tercera fase de síntesis que tiene lugar cuando adecúa sus objetivos a esta nueva realidad y cuando comienza a planificar su futuro profesional.

El problema radica en que los estudiantes se quedan anclados en la segunda fase y sus expectativas se convierten en deseos de abandonar lo antes posible la Universidad, con la que no se identifican y la que ni siquiera les va a proporcionar ese futuro profesional. Esto sucede cuando existe una discrepancia entre las preocupaciones de los profesores, el curriculum y los intereses del estudiante, situación que suele ser frecuente. El contenido intelectual impersonal de aquello que se le pide que estudie no guarda ninguna relación con sus expectativas e intereses; vive, de esta forma, en dos mundos y no puede realizar esa integración entre expectativas y realidad.

Para que el estudiante esté interesado en lo que se enseña, es importante que le encuentre significado y valor personal. Si ésto sucede, su mente se muestra activa para aprender aquello que realmente le interesa. Lo que aprende le ayuda a comprender y a apreciar sus facultades para el uso de su inteligencia; se abre paso en un mundo más amplio de conocimientos y experiencias, se encuentra a sí mismo, ejerce la necesidad de saber y obtiene una motivación de logro.

En cualquier caso, es evidente que lo que le ofrece y exige la enseñanza superior difiere, con mucha frecuencia, de lo que los estudiantes quieren o son capaces de dar.

Cuando se trata de las finalidades de la educación universitaria, existen controversias en cuanto si la educación debe de tener en cuenta la significación personal, a la persona en su totalidad o, por el contrario, solamente está destinada al desarrollo intelectual y científico propiamente dicho, sin tener en cuenta los problemas personales o lo que denominamos adaptación personal, siendo su finalidad el enriquecimiento intelectual y no la salud psíquica y mental.

En nuestra opinión, una actitud de este tipo, niega el principio de que la educación debe de ayudar a los sujetos a servirse de su mente de forma eficaz y una de las formas de utilizarla es partiendo de los estados internos que influyen en la vida mental. Es un atentado contra la integridad y plenitud de la persona. Es necesario, por tanto, centrar la atención en la persona individual respetando su autonomía y dignidad, ayudándola en la búsqueda de su ser auténtico.

El tener en cuenta la significación personal es una posición educativa de suma importancia para el sujeto y de un gran valor motivacional.

Nuttin (1961), cuando nos habla de la motivación superior, afirma que *«en el hombre, existe una necesidad cognitiva de comprensión integral, de adquirir conocimientos y de sistematizar el universo. Estos deseos de conocer y comprender, son los que le impulsan hacia la elaboración de valores y normas ideales, reflejados en sus convicciones y concepciones»*.

Lo que pretendemos significar con esta cita de Nuttin es, que si bien el desarrollo intelectual y científico satisface los deseos de conocer y comprender que poseemos todos, cuando estos objetivos ignoran las valoraciones, concepciones, los sentimientos, expectativas del joven universitario, dejan, de alguna manera, de ser un fin en sí mismos. Lo científico e intelectual, para que se constituyan en objetivo propio, tienen que estar conectados con ese valor de realidad respecto al mundo en que vive, respecto de su propio mundo. El período universitario es el momento en el que se toma conciencia, de una forma más profunda, de la propia identidad, buscando respuestas a los interrogantes personales que se le plantean.

Toda institución educativa que no ayude a los estudiantes en la realización de este proceso, cuya finalidad es la búsqueda de su identidad personal, del ajuste del sujeto, tampoco podrá cumplir adecuadamente su finalidad más específica: el desarrollo intelectual y científico.

IDENTIDAD PERSONAL

La idea de que la sabiduría debe abarcar el conocimiento de sí mismo fue ya expuesta por Sócrates hace más de dos mil años, cuando insistía en el **conócete a ti mismo**. La idea del conocimiento propio ha sido, en gran medida, ignorada en la práctica; en teoría, está ampliamente aceptado que representa una de las finalidades más importantes de la educación.

A medida de que el joven se conozca mejor, tanto más fácil será conocer sus posibilidades y superar sus limitaciones pues, generalmente, las cosas que frenan el desarrollo, son aquéllas que ignoramos acerca de nuestra propia personalidad. ¿Quién soy yo?. ¿Hacia donde me dirijo?. ¿Qué camino he de tomar? Se trata de preguntas transcendentales que hacen referencia a metas y a valores personales.

Para dar cumplida respuesta a estos interrogantes, es necesario que el joven sea capaz de enfrentarse a sí mismo con honradez y franqueza y conciliar, de manera realista, las discrepancias que existen entre sus ambiciones y talentos, esperanzas y logros.

Ayudarle a llegar a ser una persona emocionalmente sana, feliz, que se realiza por completo, necesariamente tiene que ser un objetivo básico en todos los niveles educativos, ya que existe una verdad psicológica sencilla: el yo no es algo que preexista en el hombre sino algo que se crea. No es fruto de la

casualidad, ni de la codificación genética, al contrario, el yo es un estado emocional que se adquiere con el tiempo y es precisamente en la juventud cuando, a decir de Rogers, el yo real y el ideal del yo, tienden a fundirse. «*El yo real y la imagen idealizada se modifican poco a poco y tienden a la fusión*». Maslow (1982).

BIBLIOGRAFIA

- JACOB, P. E. (1975): *Changing values in college: an exploraty study of the impact of college theaching*. Harper. New York.
- MASLOW, A. M. (1982): *La amplitud potencial de la naturaleza humana*. Ed. Trillas. México.
- MAY, R. (1973): *El dilema existencial del hombre moderno*. Ed. Paidós. Buenos Aires.
- NIETO, A. y MONDERO, C. (1977): *Ideología y psicología del movimiento estudiantil*. Ed. Ariel. Barcelona.
- NUTIN, J. (1961): *Teoría de la motivación*. Ed. Paidós. Buenos Aires.
- PRIETO y CANO (1982): *Motivación y éxito académico en la Universidad*. Studia Pedagógica. Universidad de Salamanca.
- RAPPAPORT, L. (1978): *La personalidad desde los 13 a los 25 años*. Ed. Paidós. Buenos Aires.
- ROGERS, C. (1973): *El proceso de convertirse en persona*. Ed. Paidós. Buenos Aires.
- TORREGROSA, J. R. (1972): *La juventud española*. Ed. Ariel. Barcelona.